

Retorno a la unidad

IV

ELOGIO DE LO COMPLEJO

A petición de algunos lectores voy a diferir para otro número el anunciado tema "Los filósofos toman altura", para explicar varios puntos de singular interés, que, a pesar de su carácter aparentemente abstracto, tienen, a mi juicio, trascendental importancia para quienes de algún modo cultivan el Arte y crean modos nuevos de expresión. Quisiera en las notas de estos meses primeros poner los presupuestos necesarios para abordar más adelante con éxito el problema del arte moderno desde una perspectiva filosófica.

En el artículo anterior quise hacer ver la dificultad o, mejor, la imposibilidad en que está la Ciencia para resolver sus problemas cuando alcanza cierto nivel de profundidad en el estudio de su objeto. La Sociología, por ejemplo, está llegando, o ha llegado ya, a la convicción de que debe acudir a la Filosofía en busca de un concepto adecuado de comunidad y de libertad. Lo cual quiere decir que muy posiblemente a estos conceptos les ha llegado su hora. Pues es de saber que las ideas, de por sí intemporales, tienen también su tiempo, de modo análogo—es decir, semejante, pero de orden distinto—a las diversas manifestaciones y estados de los seres vivos. La planta tiene un tiempo determinado para desarrollarse y dar fruto. Su ser se despliega ineludiblemente conforme a un cierto ritmo vital que significa a la vez dominio del tiempo y sumisión al tiempo. En realidad, los seres se distinguen por su distinto modo de darse en el decurso temporal. A medida que el presente va asumiendo el pasado y el futuro para dominarlos desde una perspectiva de soberanía, el ser va ascendiendo en la escala de los entes.

Aunque parezca paradójico, las ideas se dan también en el tiempo, pero con un modo superior de dominio que nos lleva a llamarlas supratemporales. Lo cierto es que siendo lógicamente—es decir, de por sí—

posibles en todo tiempo y estando vigentes en todo momento, las ideas requieren un clima adecuado, un tiempo propicio y tierra buena en que germinar. Lo cual nos revela algo muy importante en la historia de la Cultura, es a saber: que las ideas son seres vivos que, sin ser producidos por el medio, dependen de él hasta extremos que humillan nuestro orgullo de intelectuales propensos al desarraigo. Así se explica que ideas eternas sólo hayan surgido en determinados momentos y en determinadas mentes: espíritus excepcionalmente sensibles para advertir esa correlación misteriosa de la idea y el medio. Hay ideas geniales que se han quedado en la Historia a solas, sin fuerza germinativa. Otras hay que edificaron mundos nuevos: Todo depende en gran parte de la capacidad de adivinación del momento oportuno.

Sólo así es posible explicar el fenómeno de la formación de los estilos artísticos: un estilo de concebir y de proyectar obras de arte encuentra eco y forma época. De aquí brota asimismo la gran ingratitud de la Historia con sus grandes hombres, que, por serlo, saltan sobre su sombra y se adelantan al tiempo, quedando dramáticamente desfasados en su entorno. Pensadores que hace unos años no tuvieron el mínimo consuelo de ver editados sus escritos, que eran tachados de "elucubraciones teosóficas", son citados hoy con reverencia como inspiradores de la Antropología actual. Recuérdese, por ejemplo, la dolorida historia de Ferdinand Ebner, el genial maestro de escuela austríaco, cuyos atormentados *Fragmentos Pneumatológicos*, despreciados en 1919 por los editores vieneses, son considerados hoy como genial anticipo y motivo inspirador del estilo de pensamiento que se está gestando en la actualidad. Las ideas para ser fecundas necesitan ser acogidas por espíritus prestos al diálogo, en tensión creadora. Dicha a tiempo, una idea tiene una capacidad ilimitada de fecundación.

Pues bien. Parece ser que a la idea de comunidad y de libertad les ha llegado el momento. Tal vez podamos decir más ampliamente que les ha sonado la hora a todas esas ideas complejas, difusas y, por tan-

to, aparentemente ambiguas, que el Racionalismo y el Empirismo habían desplazado, poniendo al pensamiento europeo al borde del caos. Estas corrientes de pensamiento causaron estragos irreparables en la cultura de Occidente, por tomar como incuestionable punto de partida la idea de que lo fundamental es lo simple—léase lo *elemental*—, y lo complejo—lo rico de matices—algo derivado. De ahí la pretensión de reducir lo compuesto a lo simple con procedimientos científicos y menospreciar lo que se resiste a toda reducción como "irracional", como una especie de tierra de nadie, a cuyo dintel se apostaba el pensador con gesto entre despectivo e indignado. Sabemos que el hombre de la Ilustración tomó a ofensa personal la existencia de realidades no sometibles a cálculo. Los más tolerantes, sin embargo, se limitaron a acotar esta amplia zona, llena de pintorescas realidades inanalizables, multicolores y de extraña e insobornable complejidad, colocando sobre ella la etiqueta con que los antiguos geógrafos señalaban las tierras desconocidas del Africa central: "Hic sunt leones" (!).

Nada extraño que al cabo de varios siglos el pensamiento europeo haya sufrido un colapso. Pues, aun siendo tan diferentes en sus métodos y presupuestos, el Racionalismo y el Empirismo coinciden en la temible capacidad de depauperación intelectual que poseen. Fué una desgracia de consecuencias irreparables que haya cundido en Europa la idea de que la verdad radica en lo simple. Porque en general nadie estaba dispuesto a reflexionar en serio sobre la simplicidad específica de la verdad. Así se tomó la parte por el todo, y muy pocos retuvieron la sabia idea de que lo verdadero es tan complejo, como es rica la realidad. Hoy hemos aprendido a ver que para hacer diana en las grandes cuestiones de la vida hay que tener la madurez suficiente para ver la armonía interna de los contrastes, para advertir la relación de complementariedad que vincula a realidades aparentemente opuestas. Pues la unidad de las cosas es una unidad tensionada, dramática, conseguida a través del dinamismo de un incesante esfuerzo.

El gran descubrimiento del pensamiento actual es una vieja idea arrumbada por una cultura falsa: que la unidad es simple, como lo es la armonía con sus infinitas resonancias internas, empeñadas en lucha eterna por la belleza del orden. Pensemos en la vida, en el equilibrio vibrante y tenso de un organismo vivo, de una obra musical, de una novela con alma. ¡Gran pérdida fué, en verdad, para Occidente no poder armonizar la diversidad y la pureza! Las ramas de la cultura se disgregaron, y un aséptico aire de especialismo amenazó con agostar todos los ámbitos del saber. Se habló del Arte por el Arte, de Música pura,

de Poesía pura... Sin detenerse nadie a pensar si esta pretendida pureza no se opone al carácter integrador de todo acto humano de calidad.

Pero afortunadamente a la idea de "complejidad" le llegó su hora; en Ciencia, en Filosofía, en Arte. "Cherchez l'art seul, dice Weidlé, et vous n'aurez pas d'art". Lo sano es lo múltiple en armonía. Y, por tanto, lo expresivo. No se olvide que hay una claridad específica en lo profundo, que colma el ansia de saber de quien sabe captar de golpe la unidad de lo complejo. Como sucede con una masa de violines bien acordados, de ordinario son más expresivos los conjuntos que los elementos que los integran, aunque su "claridad" sea menor o quizá precisamente por ello. La expresividad brota de la complementariedad de lo distinto, y de ahí el valor de la multiplicidad en armonía. Considerar lo homogéneo como superior y más perfecto que lo dispar es pensamiento simplista. Una masa de violines es expresiva por no ser igual a un violín multiplicado por el número de violines del conjunto; y una comunidad encierra valores humanos específicos, porque cada uno de sus componentes es distinto del número total de éstos partido por sí mismo. Son los conjuntos realidades irreducibles que se orlan automáticamente con un halo de irracionalidad si son estudiados con pretensión analítico-objetivista.

Es peligroso reducir los conjuntos a una masa informe, al amparo de su pretendido carácter "impersonal", porque, de hecho, se trata de entidades *supra*personales, entendiendo cuidadosamente el afixo *supra* de modo "analéctico" (1), que refleja la mutua relación constitutiva de persona y comunidad. Existe, naturalmente, el riesgo de "masificación", que es, según Marcel, la "necrosis de la personalidad". Dejarse llevar de la inercia es una actitud que diluye la personalidad y, a la postre, la comunidad. Sin personas cabales la comunidad se reduce a un montón (vocablo sintomáticamente *infra*-espiritual) de células muertas, perdiendo poder estructural y cohesión, y quedando a merced de los agitadores políticos, que prolongan artificiosamente su existencia lanzándola a empujones a un fin determinado (2). Un conjunto de individuos sin personalidad sólo puede ser aunado desde fuera a través de ideales más o menos artificiosos. Estas precarias entidades suelen lograr, en principio, espectaculares resultados, por cuanto lo *infra*-espiritual suele ser drásticamente efectista, pero al fin abocan, ineludiblemente, a una estrepitosa y violenta

(1) Este calificativo indica una idea de jerarquía y de dialéctica. Dependiente de los individuos, la comunidad, a su vez, los asume en una atmósfera nutricia de comunicación interpersonal. Se trata de una mutua relación jerárquicamente estructurada de dependencia.

(2) Véase lo dicho en el artículo anterior acerca de la "masa".

disolución. El Individualismo provoca paradójicamente el Colectivismo, y éste la anarquía.

RETORNO A LA COMUNIDAD

Romano Guardini, un latino injertado en árbol germano, consagró su vida a denunciar el despojo realizado por el espíritu racionalista. A los jóvenes desmoralizados de la posguerra del 14, que odiaban el aire libre y entendían los ideales como imposturas, sólo una concepción integral del Universo, valiente y sin reservas academicistas, podía devolverles la juventud perdida. De ahí la genial alianza hecha por Guardini del Movimiento de Juventud y el Movimiento Litúrgico. Nada más aleccionador para una generación hastiada de abstracciones y de verdades mutiladas que el contacto directo con la Naturaleza y con un Cristianismo visto en todo su rigor: la Liturgia, la Iglesia, Cristo; tres temas extraordinariamente ricos y complejos, por tratarse de realidades que comprometen armónicamente planos diversos.

Hablando a sus muchachos, en el viejo castillo de Rothenfels, acerca de la misa, afirmaba Guardini: "No queremos acogernos expeditivamente a fórmulas hechas, fácilmente manejables, sino penetrar en el espíritu del misterio. Y esto se realiza a través de la verdad. Pero la verdad no es sencilla. Yerra quien dice que lo es. Es sencilla vista desde Dios, pero no desde nosotros. También para nosotros debe llegar a serlo; pero esto sólo se da al final, una vez que el espíritu la ha asimilado con largo esfuerzo. La sencillez que se da al principio no es sencillez de la buena. De ordinario no responde sino a pereza o a afán de simplificación arbitraria y violenta. Hablamos en nuestra experiencia cotidiana de fenómenos poderosos y fenómenos sencillos. Así, por ejemplo, decimos que un sonido de campana es algo puro, sencillo y al mismo tiempo pleno, y en ello consiste su poder y su paz. Nada más cierto. Pero ¿de veras es el sonido de campana algo sencillo? Los que tienen buen oído nos dicen que las campanas más imponentes son precisamente aquellas cuyo sonido tiene más tonos complementarios. Tal sonido, por consiguiente, no es sencillo; en realidad es más bien un acorde. Un sonido verdaderamente simple sonaría estridente y vacío. Esto remite a algo muy importante; es, a saber: que las cosas del mundo real son siempre—prosiguiendo el símil musical—polifónicas. Sólo las cosas artificiales que el hombre produce (...) son "sencillas". Las cosas vivientes surgen siempre por la colaboración de fuerzas diversas. Son polifónicas, complejas. Y por eso tienen poder y realidad. En ellas resuena de algún modo el todo" (3).

(3) Cfr. *Versuche über die Gestaltung der heiligen Messe*. Verlag Hess, Basel, pág. 25.

De acuerdo con esta idea amplia, comprensiva de verdad, la forma de agrupación humana que llamamos *comunidad* es entendida, no como la negación de la libertad individual, sino como su ámbito natural y necesario de despliegue. *El espíritu del hombre florece a través de la distensión en ámbitos de intimidad*. El hombre gana su libertad al "perdersé" por amor. La comunidad es una agrupación de seres libres que se vinculan en amor, al servicio de grandes ideales. Decididamente, "los hombres no son islas" (Thomas Merton).

Por fortuna es todo un mundo lo que nos separa ya de la posición individualista del Racionalismo: "Todavía no hace mucho tiempo—escribía Guardini en 1933—se sentía el hombre como un mundo cerrado en sí. Lo que lo unía a los otros, Estado, familia, comunidad de ideas, fácilmente le parecía algo irreal y aparente, meras instituciones con fines prácticos de seguridad. Sólo el yo, la oclusión en sí mismo era tenido por algo seguro; el tú, la vida en contacto con otros se le antojaba algo cuestionable, borroso." "Una vez que la mentalidad individualista, a partir de la tardía Edad Media, alcanzó cierto desarrollo, la Iglesia dejó de ser considerada como algo céntrico en toda vida religiosa auténtica. El creyente vivía en la Iglesia y era guiado por ella; pero cada vez fué viviendo menos la vida de la Iglesia. La vida religiosa auténtica se orientó cada vez más decididamente hacia el ámbito de lo personal. De este modo llegó a ser considerada la Iglesia como un valor liminar de este ámbito o incluso tal vez como algo opuesto al mismo. En todo caso como algo que limitaba las posibilidades de la vida personal y, por tanto, de la vida auténtica religiosa. Y según la actitud espiritual de cada uno esta regulación objetiva fué considerada como benéfica o como inevitable o como onerosa" (4).

Pero ahora Guardini toma la pluma para comunicar a sus lectores, con aire festivo, una buena nueva: El hombre ha vuelto a recobrar el sentido de la comunidad. Una transformación interior—verdadera *metanoesis* del espíritu—lo abrió al fenómeno de la convivencia profundamente humana. "Permítanme que les cuente algo acerca de la última gran reunión de los "Quickborner" en el castillo Rothenfels. La exigencia de comunidad se sentía allí de modo intenso: que el particular debe sostener con los demás una vida fiel de comunidad, en la que ha de poner todo lo que es y tiene. Que debe además entrar en relación de comunidad con los demás estratos y estamentos del pueblo como miembro del todo, dando y recibiendo. Pero he aquí que en medio de estas consideraciones se alzó de repente, en un momento y en otro y cada vez

(4) *Vom Sinn der Kirche*, Matthias Grünewald Verlag, Mainz, 1933. La segunda edición, conforme a la que citamos, es de 1955. Pág. 19.

más enérgicamente, como obedeciendo a una consigna, la idea de la personalidad. La comunidad debe ser de tal modo, que siga siendo en ella posible la dignidad y la libertad interna de la personalidad. La personalidad libre es el presupuesto de toda verdadera comunidad. Nunca he experimentado de modo tan directo cómo se sostiene la vida a sí misma cuando no se le hace violencia" (5).

Según confesión propia, la obra de Gabriel Marcel, un francés de sangre judía, con un espíritu doblemente mediterráneo, no tiene otro fin que atacar la "pasión de la abstracción", que es el caldo de cultivo de todas las violencias que han ensombrecido la historia más reciente (6). La verdad es compleja e irreductible. Hay que admitirla en bloque, como una obra de arte, con humildad de observador. Escindida artificiosamente la realidad, la vida queda expuesta a la violencia del poderoso. ¿Cómo es posible, por ejemplo, que de la exaltación colectiva de la Alemania del 33 se haya pasado a la aniquilación en masa del año 39? La glorificación de lo vital en perjuicio de los derechos del espíritu no podía conducir sino a los horrores del funcionalismo aplicado al exterminio. El atomismo provocado por el vitalismo se tradujo lógicamente en colectivismo, y de la embriaguez dionisíaca de lo vital brotó, en aparente paradoja, el "hombre de la barraca" (Marcel). El hombre spengleriano, reducido a la condición de fiera, se volvió contra lo humano con todo el refinamiento del saber técnico. Rebajado a lo vital, sin el valor de trascendencia que le confiere su dignidad de hijo de Dios, el hombre se limita a ser "un millón de hombres partido por un millón" (7).

EL ESPECTRO DE LA LÓGICA UNILATERAL

Pocas cosas más temibles que la Lógica de una mente sin equilibrio, nutrida de verdades espúreas brutalmente desgajadas del seno de la verdad. En la obra de Albert Camus, *Calígula*, todo se torna amenazador y siniestro cuando el emperador, en un acceso de locura, se acoge a una lógica implacable: "Escúchame bien, imbécil—gritó Calígula al intendente—. Si el Tesoro tiene importancia, la vida humana no la tiene. Está claro. Todos los que piensan como tú deben admitir este razonamiento y considerar que la vida no vale nada, ya que el dinero lo es todo. Entre tanto, yo he decidido ser lógico, y como tengo el poder, veréis lo que os costará la lógica. Exterminaré a los opositores y a la oposición. Si es necesario, empezaré por

ti." Y más tarde agrega: "Además, mi plan, por su sencillez, es genial, lo cual cierra el debate. Tienes tres segundos para desaparecer... Cuento: uno... (*El intendente desaparece*). (Acto I, escena IX).

Nada más funesto que una lógica basada en la abstracción y la unilateralidad. En su virtud se han visto grandes pueblos envilecidos por las mayores violencias. Si es lícito descomponer lo real en partes y tomar como todo la parte que más halague la ambición de dominio o de placer, el mundo queda privado de todo su contenido de misterio y la vida se degrada convirtiéndose en mero objeto de cálculo. "Lo que está envilecido es la noción misma de la vida y todo el resto viene por añadidura. Podríamos preguntarnos si el hombre de la técnica no llega a mirar a la vida misma como una técnica totalmente imperfecta y en que la chapucería sería la regla. ¿Cómo en tales condiciones no se arrogaría el derecho de intervenir en el curso mismo de la vida como se endica un río? Uno hará sus cálculos antes de saber si se puede "encargar" un niño, como se calcula antes de comprar un *side-car* o un automóvil; se hará la cuenta lo más exacta posible del costo anual; en un caso habrá que prever las enfermedades y los honorarios médicos; en el otro, las averías y las facturas del taller. Uno se volverá con bastante frecuencia hacia el perrito, que cuesta menos caro; si los gastos del veterinario aumentan excesivamente, siempre quedará el recurso de envenenar a sultán o a coqueta. No se ha contemplado todavía esa solución para Juanita o Félix" (8). "Ese confort generalizado, con sus dependencias—diversiones *standard*—, se muestra como el único susceptible de hacer tolerable una vida, que no es ya de ninguna manera considerada como un don divino, sino más bien como una "broma pesada". La existencia de un pesimismo difuso, a la altura de la mueca irónica y la blasfemia, más que del suspiro y el sollozo, me parece ser un dato fundamental del hombre contemporáneo; y es sin ninguna duda en la perspectiva de ese pesimismo difuso y no tan pensado como eructado en la que hay que considerar un hecho tan grave y significativo como el aborto" (9).

DEFENSA DEL OPTIMISMO

Nada extraño que las aguas del pesimismo hayan llegado al cuello de los occidentales criados en una atmósfera enrarecida por el espíritu analista. Pues, como he escrito en otro lugar (10), el optimismo y el

(8) Cfr. Gabriel Marcel: *Los hombres contra lo humano*. Hachette. Buenos Aires, pág. 51.

(9) Cfr. Ob. cit., pág. 49.

(10) Epílogo a *Qué es el hombre*, de Th. Haecker. Edit. Guadarrama. Madrid, 1961.

(5) Cfr. Ob. cit., págs. 98-99.

(6) Cfr. *Les hommes contre l'humain*.

(7) Frase tomada de la novela *El cero y el infinito*.

pesimismo no son meros fenómenos temperamentales, sino el resultado, respectivamente, de la fidelidad al ser y del desarraigo.

A fuerza de catástrofes y amenazas nuestra época se ha acogido al pesimismo con tal firmeza, que toda actitud de esperanza y optimismo es despreciada como superficial, incolora e indigna de una persona culta. Tendenciosamente gran parte de las clases intelectuales dirigentes han procurado intensificar este estado de ánimo, para, a río revuelto, sacar provecho de las aguas turbias de una existencia sin elevación. La filosofía, la literatura y el arte han conseguido éxitos publicitarios espectaculares, guiados por el pretexto de que lo real se confunde con lo objetivo, y esto no abarca sino los motivos más desconsoladores de la vida humana.

Hoy hemos ganado en serenidad, y ya hay quienes no se dejan impresionar por la seducción de lo ácido, típica de toda posguerra, en la convicción de que pesimismo y optimismo no son fenómenos cuantitativos, sino cualitativos, al no depender de sucesos aislados, por espectaculares que sean, sino de la actitud general del hombre ante el ser. No se trata de determinar en qué relación está la cantidad de gozo que se da en el mundo con la cantidad de dolor, sino de observar la posición del hombre frente a la vida, ya que optimismo y pesimismo no son meras reacciones sentimentales del hombre, sino la vibración de todo su ser, que se enerva ante el despojo y florece en el orden. Optimismo es el sentimiento de seguridad y firmeza que brota de la inserción en el orden ontológico que a uno le incumbe. Por eso al optimismo sólo se llega por el camino de las virtudes que ponen al hombre en verdad. El pesimismo, por el contrario, es fenómeno típico de exiliados del espíritu que se acogen al plano vital para eludir la tensión que inaugura el espíritu y se precipitan en el tragicismo que provoca todo desorden metafísico. El optimismo es fruto de la fidelidad, la magnanimidad y el arraigo. El pesimismo nace del egoísmo, la debilidad y el desamor. Optimismo es la atmósfera de plenitud que sigue a un acto de entrega. Pesimismo es el vacío abierto por una deserción. El optimismo es el reflejo emotivo de una consagración, y el pesimismo de un despojo.

Más que un mero sentimiento, el optimismo es, pues, una tarea, algo que debe lograr el hombre con esfuerzo frente a la propensión al pesimismo de los adoradores de la tierra. Porque el optimismo sólo florece en una existencia vivida esforzadamente al nivel del espíritu. Optimismo se llama la paz de la tensión jerárquica hacia la trascendencia. Y pesimismo, la inquietud de una vida sin elevación.

Por eso un pensamiento analógico no deriva nunca

al tragicismo, sino al humor, que es la melancolía de quien tiende, a través de un mundo de finitud y egoísmo, a un Dios todopoderoso, que se define como ápe o amor de caridad. El amor une, pero guarda las distancias: es jerárquico. Humor y optimismo no germinan sino en clima de piedad, que es amor reverente al misterio del ser. Pues si vivir trascendientemente en un mundo de inmanencia implica tensión y riesgo, en el fondo de este drama reina una paz sin medida, porque la trascendencia engendra plenitud, que es la fuente del optimismo.

Pesimismo y tragicismo responden a espíritu de inmanencia; son enfermedades degenerativas del espíritu desarraigado, versión afectiva de una vida despojada de su carácter de don y de gracia. La existencia humana plegada sobre sí misma se torna implacable. Al hombre trágico, solía decir Haecker, le falta la absoluta entrega a Dios. De ahí que lo trágico sólo sea desbordado por el hombre a través del sacrificio, como prueba de amor, de nostalgia hacia el Creador, del que es imagen.

Por eso es optimista la sátira de buena ley, al estar saturada de humor. Es tensión de trascendencia, no tedio de vivir, como pretendía Nietzsche. Porque del respeto a los valores brota la libertad y el optimismo, mientras el mundo dominado por el funcionalismo y el cálculo se repliega en una "asfixiante tristeza" (Marcel). No es la sátira fenómeno de decadencia, pues, al ser fruto del humor, no obedece a la retracción del resentimiento, sino a la apertura de la plenitud, la libertad de soberanía de quien se asienta en verdad. Así como no se traduce en crítica el humor por el egoísmo de destacar entre ruinas, sino a impulsos de una nostalgia irreprimible por un reino de verdad y de orden. Ciertamente hay sátira sin humor, la sátira del escéptico y del *arbiter elegantiarum*, la sátira que es pieza artística o lujo de sobremesa. Pero la sátira noblemente constructiva se funda en el humor, que es la comprensión serena y firme de quien ha vencido al mundo por medio de la fe, dominando la caducidad de las cosas pasajeras desde un plano de trascendencia. La sátira humorística arranca del contraste entre la grandeza de Dios y las ridiculeces de los hombres.

Defender hoy día el optimismo es sin duda defender la peor parte. Pero visto con radicalidad lo que ese concepto implica se cae en la cuenta de que en la secular disputa pesimismo-optimismo van comprometidas demasiadas cosas para no sacrificar el buen éxito editorial al precio de la verdad. Porque el optimismo no es un mero estado de ánimo, sino toda una actitud ante la vida que tenemos que lograr. El optimismo constituye, pues, una tarea. Quizá, si lo entendemos bien, nuestra única tarea.